

Desfaciendo Agravios

Dr. ALBERTO RIVAS BONILLA.

Antología del disparate se llama un libro que anda por ahí bajo el patrocinio de un tal Pescatore di Perle.

¿Quién es Pescatore di Perle?

Nescio.

De él se puede asegurar, sin embargo, que tiene un profundo conocimiento del léxico y una amplia ilustración general, amén de un desparpajo nada común: tres ingredientes que le han servido para confeccionar el citado libro, donde les asienta las costuras a medio mundo, a veces con innegable gracia.

Porque la *Antología*, según lo da a entender por su nombre, es una colección de gazapos de todos colores y de todos tamaños. Los hay gramaticales, históricos, literarios, científicos y hasta de sentido común; y aparecen ahí llamados a juicio, personajes como Lugones, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, etc., para no mencionar más que a los pejes gordos, puesto que los hay también que descuellas por su insignificancia, como el señor Vargas Vila y otros. Aparecen otrosí, entidades periodísticas. ¡Y cuándo no!

Y para todos ellos Pescatore, domine inflexible, tiene su palmetazo.

Pero hay un refrán que dice —y dice muy bien— que a cada chanco (con perdón) se le llega su San Martín, y a mí se me ha antojado ahora darle su repelón a quien se ha gozado en repelar a tantos.

Copio uno de los artículos de la *Antología del Disparate*:

El excelentísimo señor Embajador de España, don Ramiro de Maeztu, dió en la sociedad *El Círculo*, de Rosario, el 14 de septiembre de 1930 una conferencia sobre *La función del arte*. Y la sociedad *El Círculo* ha estimado conveniente perpetuar en un folleto la interesante conferencia. Que su autor ha dividido en seis capítulos. En el tercero, dedicado a la estética y a la erótica, dice el señor Ramiro de Maeztu:

«Amado Nervo exclama en una de sus composiciones: ¡Oh, Señor! ¡la belleza es, pues espejismo? Y Bartrina le había contestado medio siglo antes:

*Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!»*

En efecto: ¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza! Porque ese terceto cincuentenario de Bartrina que todos leemos, ni es de Bartrina, ni es cincuentenario. Todos vosotros os sabéis de memoria el famoso soneto de Lupericio Leonardo de Argensola, que nació en 1563 y murió en 1613:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Joaquín Bartrina es autor de un consejo muy vulgarizado que, por lo visto, don Ramiro de Maeztu sigue al pie de la letra:

Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, no analices....

Hasta aquí Pescatore di Perle.

Recuerdo que cuando fui estudiante de Retórica, hace de ello un número de años que no tengo para qué puntualizar, tuve la coyuntura de conocer los cuartetos argensolinos gracias al texto de don Francisco Castañeda, que los citaba a propósito de alguna figura de pensamiento; más los tercetos, por desgracia, no venían al caso, y no quiso molestarse en transcribirlos, dejándome, como he dicho en otra parte, con la miel en los labios.

Porque aquellos ocho versos me impresionaron gratamente por la fluidez de su sencilla belleza. Mejor aún, se impusieron a mi espíritu con el encanto irresistible del arte verdadero. ¡Qué admirable concisión! ¡Qué justeza en el uso de los términos! No hay una sola palabra que esté de sobra. No hay un solo epíteto. Apenas si se descubren dos adjetivos en el octavo verso; pero son parte integrante del pensamiento, de modo que si se suprimen, la expresión de la idea desaparece.

Había, empero, algo que me chocaba, y era el cambio de tratamiento para el don Juan, de un cuarteto al otro. Allí se le habla de VOS: *Os quiero confesar...* y acá se cae en el TU:..... *que me confieses quiero.....* ¿Cómo explicarlo? Argensola, pensaba yo —y lo sigo creyendo— no fué ningún pazguato para incurrir en semejante descuido. Los pazguatos serán otros. Y achacaba el entuerto a inadvertencia de un desalmado copista.

Hubieron de pasar muchos años antes de que llegara a mi conocimiento el final de la bellísima composición. Y fué que tuve la buena fortuna de dar, por una mera casualidad, con un texto de Retórica por Narciso Campillo (¿quién será él?) donde el soneto aparecía íntegro. Así pude satisfacer, encantado, mi justa curiosidad, encontrando que el segundo cuarteto empezaba así:

Pero también que confeséis vos quiero.....

con lo cual se desvanecía el cambio de tratamiento que me había intrigado.

De entonces acá, me he encontrado repetidas veces con la poesía que nos ocupa, y he visto que existen dos versiones distintas, por lo que hace al último terceto: la primera que conocí, o sea la que trae Campillo, que a decir verdad no la he vuelto a leer en parte alguna, y cuyo referido terceto dice:

Porque ese cielo azul que todos vemos
no es cielo ni es azul ¿es menos grande,
aun no siendo verdad, tanta belleza?

y la que me ha parecido invariablemente en todas las demás, que es la misma que acabo de copiar de Pescatore.

¿Cuál de estas dos formas debemos reputar como verdadera?

Si nos hemos de atener a la lógica más elemental, la de Pescatore di Perle es un disparate redondo, el mayor disparate de toda su *Antología*, el cual se le pasó inadvertido, tal era la gana que tenía de tomarle el pelo a don Ramiro por un par de gazapillos sin mayor significación.

Y es un disparate, porque si el poeta, para justificar su amor por la maquillada Elvira, invoca los engaños de la naturaleza, es ilógico de toda ilogicidad que termine doliéndose de esos mismos engaños puesto que así, anula su propio argumento. Si acabara lamentándose de que el cielo no sea verdad, tenía que haber empezado por lamentarse —para ser consecuente consigo mismo— del engaño de doña Elvira. Y no hay tal.

Y como no hay tal, resulta que el último terceto es una escapada por la tangente que no tiene pies ni cabeza, ni justificación posible, ni nada.

Es, pues, la modalidad de Campillo la que debemos aceptar como correcta, si queremos conservar al autor su bien sentada fama de sonetista. Según esa versión, el desarrollo del soneto se puede esquematizar en la siguiente forma:

No es de admirar que doña Elvira me haya cautivado con la artificiosa belleza de sus afeites si se advierte que la misma naturaleza nos encanta con parecidos engaños, como el engaño del cielo, cuya hermosura no se amengua a nuestros ojos, aun cuando sabemos que es una simple apariencia.

El pensamiento es tan cabal, homogéneo y justo, como no se puede pedir más.

Y antes de poner punto final, me parece oportuno, aunque tal vez sea repetirme un poco, volver a copiar el asendereado soneto, libre ya de polvo y paja, tal como debió de salir, al menos en lo esencial, de la áurea péñola de don Lupericio Leonardo de Argensola:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que ese blanco carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero también que confeséis vos quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
no es cielo ni es azul ¿es menos grande,
aun no siendo verdad, tanta belleza?

